

**1.- Comentario a las lecturas.** En este domingo la Iglesia nos invita a estar alegres por eso se llama “Domingo Gaudete” o sea de la alegría. Pero, ¿Dónde está la alegría, cómo encontrarla? Y ¿Cómo hacer que dure? Porque alegrías pasajeras todos tenemos, pero ¿Cómo estar “siempre alegres” como dice S. Pablo en la segunda lectura?

El mundo que nos rodea no puede darnos esa alegría, porque no la tiene. El mundo en que vivimos vive triste y sin esperanza, porque no tiene a Dios. “Sin esperanza y sin Dios” (Ef 2,12). Carecer de Dios es la más grande desgracia para el hombre de todos los tiempos, y especialmente para el hombre de nuestros días. El hombre de nuestro tiempo vive como encapsulado en un bienestar que se ha prefabricado, pero al no tener a Dios, no tiene alegría ni esperanza. Es un ser triste. Si por cualquier motivo le falta ese bienestar prefabricado, se desespera. A eso viene la Navidad que estamos preparando. Navidad es Jesucristo, y él viene a salvarnos.

En primer lugar, a salvarnos del pecado, que es la mayor desgracia y ruina del hombre. A salvarnos de la muerte eterna, del infierno al que nos conducen nuestros pecados, encerrándonos en nosotros mismos e incapacitándonos para amar. Jesucristo ha roto las cadenas de la muerte y nos ha abierto de par en par las puertas del cielo. Nuestras calles están llenas de luz para la Navidad, pero el hombre de hoy no sabe por qué. Al colocar motivos navideños, se intenta evitar toda referencia a Dios, a la estrella de los Magos, al Niño que nace. Se quiere iluminar el mundo sin Dios, sólo con nuestra luz, que siempre es escasa. Se quiere iluminar el mundo prescindiendo de Dios. El cristiano sabe que “el Verbo era la luz verdadera que ilumina a todo hombre viniendo a este mundo” (Jn 1,9). “Dios de Dios, Luz de Luz”. La luz de la Navidad no es otra que la que proviene de Jesucristo. Lo demás son fuegos artificiales, que se ponen y se quitan a nuestro antojo, pero que no iluminan el corazón ni nos dan la verdadera esperanza.

El evangelio nos habla de S. Juan Bautista al que podemos comparar con el “S. Pablo” del Antiguo Testamento. Un hombre lleno de fe y de celo apostólico que, como tantos profetas, no tuvo reparos en dar su vida por la verdad y defender la fe. Un hombre así, entregado Dios, debería de ser una persona llena de vida y por tanto muy alegre.

Con su vida nos indica el camino de la verdadera alegría porque, 1º, nunca se buscó así mismo ni quiso robarle la Gloria a Dios como cuando dijo: “Yo no soy el Mesías” sino que en todo buscó hacerse sencillo, humilde y pobre. 2º Renunció al egoísmo y buscar su placer y gusto en todo, que es a lo que nos invita el mundo en todo momento y que solo nos produce tristeza y vacío, y 3º solo persiguió la verdad, aunque le costara la cárcel y la vida, o sea, fue fiel a la voluntad de Dios y buscó agradarle solo a Él.

La vida solo merece la pena cuando se da, pero para darla necesitamos que Dios antes nos la dé, por eso, pidamos el Espíritu Santo. Este hará que conservemos la verdadera alegría que, como nos prometió el Señor, nada ni nadie nos podrá quitar.

**2.- Sugerencias para el diálogo.** Como se pregunta en el evangelio: “¿Quién eres tú?” “¿Qué dices de ti mismo?” ¿Eres alegre? ...; 2º ¿Qué crees que te quita la alegría?; 3º ¿Buscas agradar a Dios o a los hombres?

**3.- Para meditar.** “¿Por qué rezan así de tristes? Parece que quieren dar un susto al buen Dios” (Sta. Isabel).